

# Shakespeare humanista

Gerardo Piña



Enrique IV, parte 2, acto II, escena IV, Johann Heinrich Füssli, 1805

LOS HUMANISTAS DEL RENACIMIENTO pensaban que para construir una sociedad justa primero debían conocerse muy bien las características de la naturaleza humana. La sola expresión *naturaleza humana* provoca un cierto estremecimiento en nuestra época, algo de sorna y de ya-superado. “No hay tal cosa como la naturaleza humana”, dice la posmodernidad. “Lo que para unos es natural, para otros no lo es”, afirma. Porque a la posmodernidad le gusta relativizar todo para no comprometerse con nada y decir, si se le pone contra las cuerdas: “No tener compromisos es mi compromiso”. Le gusta cuestionar todo, menos a sí misma.

Pero en su afán por relativizarlo todo, los posmodernos terminaron por convencer a la mayoría de que no sólo en nuestra época todo es relativo; también forzaron su lectura de otros autores y otras épocas, como es el caso de Shakespeare, y nos dijeron que ya desde entonces todo era relativo. Llegaron al punto de agenciárselo: “Shakespeare era uno de nosotros, pero él no lo sabía”, dicen los teóricos del materialismo cultural o los apóstoles del *New Historicism* norteamericano. Lo que comenzó como una sugerencia atrevida (por ejemplo que en el Renacimiento isabelino ya había evidencias de vacíos en categorías como las de género, identidad, etcétera) devino moneda corriente. Alguien dijo que en la época de Shakespeare no existía el concepto de naturaleza humana —del mismo modo que alguien dijo que Pedro Infante era un gran actor— y todos le creyeron.

Dice Noam Chomsky, en su libro *Lenguaje y libertad*, que si el ser humano fuese una criatura completamente maleable, sin estructuras mentales innatas ni necesidades de tipo cultural o social, entonces estaría sujeto a que las políticas del Estado formaran su conducta sin que él pudiera evitarlo. Algunos, desde luego, no estamos de acuerdo con esta idea; pensamos, al igual que Chomsky, que hay características humanas intrínsecas que constituyen el marco para el desarrollo del intelecto, el crecimiento de una conciencia moral, una vida cultural y la participación en la búsqueda de una comunidad libre y justa en cualquier época y en cualquier

parte del mundo. Sin embargo, los posmodernos creen que hablar de estructuras mentales innatas es hablar de un misterio; para ellos la naturaleza humana no existe o tiene tantas formas como sociedades.

La idea de una estructura mental innata no es de Chomsky; pensadores como John Locke ya hablaban de la importancia que tiene una sociedad en la formación de las ideas de un ser humano dada una estructura previa. “La mente”, decía Locke, “es una página en blanco, despojada de caracteres, sin ideas”. Y también afirmaba que las personas nacemos con las facultades que nos permiten aprender. En realidad, la negación de la naturaleza humana es más reciente. En 1924, la escritora inglesa Virginia Woolf escribió que “no hay nada tan fácil de cambiar como la naturaleza del ser humano cuando se actúa desde una edad temprana”. Esta es una idea central de lo que se denominó el Modelo Estándar de Ciencias Sociales en la mayoría de las universidades del mundo en el siglo xx.

Sin embargo, en otras áreas las cosas son distintas. Desde la década de 1970, en la biología y la psicología el concepto de “humanidad” como un concepto meramente cultural ha sido rebatido. Para la mayoría de los psicólogos y los neurólogos actuales está claro que la mente es el resultado de interacciones complejas entre una serie de predisposiciones genéticamente determinadas y un entorno social que ha sido formado por la cultura de varias generaciones. En palabras de Edward O. Wilson, somos el resultado de “una co-evolución genética y cultural”. ¿Pero cómo convencer a los posmodernos de lo que dice la ciencia cuando éstos creen que la mente, e inclusive el género de las personas, se determinan por las interacciones sociales y no tiene mayor relación con nuestra naturaleza biológica? ¿Cómo decirles a críticos como Judith Butler, Stephen Greenblatt o Jean Howard, quienes sostienen que es absurda la noción de una esencia humana trans histórica, que la biología y la psicología afirman lo contrario?

Según John Dollimore, fue hasta la época de la Ilustración que el “humanismo esencialista” apareció en escena. En su libro *Radical Tragedy* (1984) sostiene

que es absurdo pensar que las obras de Shakespeare tengan algo que ver con la naturaleza humana. Dollimore afirma que para los isabelinos, el ser humano era inestable y fragmentado; a ninguno de ellos se le habría ocurrido pensar en el *yo*. También afirma en este libro que la idea de la originalidad era un concepto completamente ajeno para los artistas de la época y que el concepto de *genio* no existía en el Renacimiento. Tal vez me equivoque, pero la mayoría de los estudiosos actuales (no sólo de Shakespeare sino de las humanidades en general) estarán de acuerdo con lo expuesto por Dollimore. Después de todo, su libro fue uno de los más influyentes en los estudios del Renacimiento. Pocos marcos de referencia han sido tan convenientes como el de la posmodernidad para adaptarse a cualquier época y circunstancia; se trata de un marco casi vacío en el que lo poco que hay es como un disco pirata: el contenido es siempre relativo con respecto a lo que promete, y también es siempre muy barato. La crítica posmoderna a partir de Dollimore nos dice que los isabelinos creían que el solo acto de vestirse de mujer hacía que un actor se transformara en una de ellas en el escenario.

Decir que el público del Renacimiento creía que cuando un señor se ponía un vestido se convertía en señora es atentar contra las leyes más elementales de la inteligencia de los estudiosos del siglo xx (y de lo que va del XXI). Porque mientras más leemos a los autores, filósofos y demás escritores del Renacimiento, más evidencias encontramos de que para ellos el tema de una naturaleza humana era esencial. Había diferencias en cuál era la esencia de dicha naturaleza humana, pero no había duda de que existía. Así que afirmar que el Renacimiento inglés era prácticamente una calca de la posmodernidad norteamericana no sólo es irresponsable: es de mal gusto.

La palabra *humanista* llegó a Inglaterra mediante el latín *humanitas*, cuyo sentido primigenio era el de “naturaleza humana”. En el latín clásico esta palabra tenía tres acepciones principales: naturaleza humana,

civilización o cultura y benevolencia, y así era como se entendía en la época de Shakespeare. Somos nosotros, desde las ópticas de los siglos xx y XXI, quienes hemos enfatizado el carácter secular del humanismo, así como sus ambiciones de proyecto educativo. Pero en aquella época este concepto se extendía a las acepciones mencionadas. De ahí que los humanistas se ocuparan del estudio del ser humano y su naturaleza. En el Renacimiento se estudiaba la literatura, se leía poesía o se acudía a presenciar una obra de teatro porque se pensaba que la literatura funcionaba como un espejo que retrataba nuestros vicios y virtudes más característicos. El arte nos enseñaba nuestras contradicciones y cómo equilibrarlas en pro de una mejor calidad de vida, de una sociedad más justa. “Si nuestras virtudes no sacaran lo mejor de nosotros, seríamos todos iguales, como si no tuviéramos ninguna”, dice Shakespeare en *Medida por medida* (1, 1, 33).

En el Renacimiento, uno aprendía a vivir mejor a partir de lo reflejado en el arte. De hecho, para los humanistas ingleses como Francis Bacon, Thomas More o Thomas Elyot, la educación humanista significaba conocer el deber de un individuo frente al Estado. Afirma Ben Jonson: “El estudio de la poesía ofrece a la humanidad unas ciertas reglas, un cierto patrón para vivir bien y felizmente; nos predispone a realizar los trabajos civiles que requiere una sociedad”. Y esta idea tampoco es nueva: muchos filósofos han sugerido que conocer la naturaleza humana es esencial para bosquejar (ya no digamos realizar) un proyecto de sociedad justa y equitativa. Dice Cicerón en su libro *De los oficios*: “Aquellos a quienes la naturaleza ha dotado con la capacidad para administrar los asuntos públicos deben hacer a un lado todas sus dudas y entrar a la carrera por un cargo público, para dirigir el gobierno”.

Y tiene sentido, ¿cómo podrías comenzar a planear una sociedad justa si no conoces los problemas a los que te estás enfrentando? Esto no significa ir al extremo contrario y afirmar que la sociedad renacentista

era un lugar ideal. En el Renacimiento el elitismo era algo perfectamente aceptado, así como la ignorancia o el desprecio al análisis inductivo, básico para el desarrollo científico como lo entendemos en la actualidad. Lo que intento hacer al cuestionar algunos rasgos que nos parecen dados acerca del Renacimiento es llamar la atención sobre la crítica literaria posmoderna con respecto de la obra de Shakespeare y, por extensión, a la crítica de nuestro propio tiempo. Si leemos mal épocas pasadas, ¿cómo estaremos leyendo la nuestra?, ¿cuál es el futuro que estamos trazando?

El Dr. Johnson, eminente crítico literario del siglo XVIII, dijo que el objeto de la crítica literaria era hacer de la mera opinión una forma de conocimiento. Sin embargo, esa opinión no puede estar sujeta sólo a la voluntad de quien la esgrime. La mayoría de los críticos literarios en México se limita a externar una opinión (un juicio descalificativo o laudatorio las más de las veces) ignorando el marco histórico, las referencias y los vínculos de las obras estudiadas con otras áreas de la sociedad o del conocimiento. Mi crítica a los críticos de Shakespeare que ignoran el contexto de su tiempo para imponer una lectura posmoderna no obedece a que yo crea que la lectura de Shakespeare y su estudio sean actividades fundamentales en la sociedad mexicana. Mi crítica proviene de la sensación de que eso (la lectura impositiva o ingenua de la obra de uno de los mayores autores de la historia) es el reflejo de una actitud extendida a varias de las acciones que realizamos cotidianamente. Las repercusiones de esta actitud están a la vista: un Estado represor, una sociedad violenta, cínica, indolente y acrítica, en la que las excepciones son cada vez más notables. Una de las expresiones más comunes de esta manera equivocada de leer las obras de Shakespeare está en ignorar la importancia que para él y para muchos de sus contemporáneos tenía el concepto de naturaleza humana, la cual está presente en sus obras como un elemento principal; las estructuras de los dramas, los temas, los personajes, sus participa-

ciones... todo está vinculado a la idea de que es posible mostrar la naturaleza humana en varias de sus facetas para aprender de ella y mejorarla. Pero si para nosotros, los anti-esencialistas por naturaleza, no hay tal cosa como una teoría de la humanidad, cómo podríamos encontrar rasgos de esta mirada humanística en la obra de un autor que nos exige cada vez más para leerlo. Somos anti-esencialistas por naturaleza porque somos el resultado directo de las teorías que cobraron furor en la década de 1980: las teorías que al negar conceptos como identidad, género y naturaleza humana influyeron en nuestra manera de entender el mundo. Estos postulados crearon nuestra actual forma de entender la literatura, de ignorar la historia, de olvidar (y en muchos casos despreciar) al autor.

Aprendimos a arremeter contra todo concepto de autoridad, como dictadores. “¿Por qué es más importante la opinión de un especialista que la mía si vivimos en una democracia?” “Yo no necesito ser mujer ni tener hijos para entender la dimensión de la maternidad”. Ideas como éstas las escuchamos o las decimos a diario. Si yo afirmara en este momento que en todo el mundo las personas tienen deseos, conocen la tristeza y necesitan tener amigos, lo más probable es que sólo unos cuantos estén de acuerdo. Si les digo que hay algo en todos los seres humanos que nos permite entendernos por el sólo hecho de ser de la misma especie sin importar nuestra nacionalidad, género, edad, etcétera, menos personas estarían de acuerdo todavía. Pero ¿qué dice Shakespeare al respecto?: “En todo el mundo las personas tienen deseos, prueban la tristeza y necesitan amigos” (*Ricardo II*, III, II, 171-2.) “Un solo toque de la naturaleza hace a todo el mundo iguales” (*Troilo y Crésida* III, III, 169)

Los humanistas del Renacimiento coincidían en que la inteligencia era una parte de la esencia humana, pero también en que esa inteligencia no era suficiente para crear una sociedad cohesionada, justa. Atribuían a ciertas deficiencias en nuestra naturaleza

esta incapacidad para crear y mantener una sociedad adecuada para todos los seres humanos. Si alguien en este momento preguntara: “¿por qué, si los seres humanos somos inteligentes y tenemos tantos conocimientos y hemos desarrollado tanta tecnología, no podemos vivir en paz?” Más de uno soltaría una carcajada; tacharía esa pregunta de ingenua o estulta. Sin embargo, las probables respuestas no serían necesariamente iluminadoras: “porque el conflicto es inherente a la humanidad”, “porque vivimos en una lucha de clases”, etcétera. Y aquí yo aventuro una respuesta indigna de un docto lector: “Porque no leemos obras como las de Shakespeare atendiendo a lo que nos hace afines”. Leer, es bien sabido, no hace mejores a las personas; pero también es sabido que la lectura es una de las maneras más eficaces de transmitir el conocimiento. Estudiar no nos hace mejores, pero estudiar con la intención de hacernos mejores en algo, sí. Nuestra sabiduría no radica en acumular conocimientos aislados sino en entendernos como especie. “El entendimiento de la humanidad en general es la clave de la sabiduría” (Erasmus de Rotterdam).

El humanismo renacentista se preocupaba por promover los valores positivos de una civilización, y al mismo tiempo, prevenirnos en contra de los defectos más comunes y atroces que estaban latentes en todos nosotros. Las obras de Shakespeare son representaciones literarias de la tensión que ambas cuestiones producen; mediante sus múltiples recursos retóricos y estéticos nos comunican esta tensión. Gracias a que estamos hechos de la misma materia que él y que los isabelinos es que podemos apreciar esta intención. Y hacer algo con ella para detener tantas atrocidades. Hacer algo con nosotros, con nuestro tiempo. **▲▲**



*Sueño de una noche de verano, acto IV, escena I,  
Johann Heinrich Füssli, 1796*